

Antonio Pereira

El goce de la palabra

Honestidades y vanidades del «Premio Castilla y León de las letras 1999»

Gonzalo Linares Álvarez

Antonio Pereira (Villafranca del Bierzo, 1923) nació contando. Habla como si estuviera en las cálidas cocinas de las casas de antes. Lentamente. En él se confunden la honestidad y la vanidad (¿hay mucha diferencia entre una y otra?). Por eso dice merecer este galardón "con intereses de demora". En sus cuentos, su ironía casi corroe.

Si por algo se le conoce al escritor berciano entre la abultada nómina de escritores y amigos que le acompañan desde siempre, es por su fidelidad. Fidelidad que también le une desde tiempo atrás a esta revista.

Autor de recopilaciones de cuentos como "El ingeniero Balboa y otras historias civiles" y "Los brazos de la i griega", con "El síndrome de Estocolmo" consiguió el Premio Fastenrath de la Real Academia Española. Ahora se le ha concedido el "Premio Castilla y León de las Letras 1999", dotado con tres millones de pesetas, y ya es Doctor Honoris Causa por la Universidad de León. En la actualidad prepara un libro de memorias que saldrá a la luz muy posiblemente este mismo otoño.

"Casi tanto como escribir me gusta escuchar historias. Escuchar esos flecos de conversación que oyes por las calles, en el autobús. O en el metro, o esperando en un ambulatorio, o en el café, donde sea. Oyes flecos de conversaciones que para mí se convierten en embriones de un cuento, o, quién sabe, de una larga novela".

¿Qué cosas han cambiado en Villafranca del Bierzo desde que escribió sus primeros cuentos?

Sigo viendo lo mismo. Aunque algunas cosas cambien, yo me resisto, dentro de mí, de una manera tenaz, a modificaciones incluso insignificantes. Por ejemplo, la imprenta y librería de mi tío Tomás, mi padrino. Hubo un momento en que hicieron una mínima obra, que consistió en quitar dos grandes puertas de madera que abrían

para fuera. Ahora, si existen, sólo abren para dentro. Le parecerá a usted y a cualquiera que me escuche que es una tontería, una frivolidad. Para mí fue un trauma y ahora cuando recuerdo aquella Villafranca, yo las puertas las pongo que abran para la plaza.

Dentro de "El ingeniero Balboa", en un cuento que se titula "Matar la mosca cuando empieza" habla de un hombre que se iba a Portugal y ve cómo la gente pone muy por encima lo suyo. ¿Ve este cierto chauvinismo en El Bierzo o en León?

Sí. Sí, sí, sí. Yo creo que eso existe, pero sospecho que no es sólo en El Bierzo y en León. Puede que sea propio de la condición humana. De todos modos, creo que nosotros tenemos ese rasgo bastante acusado.

¿Y cómo cree que se puede curar eso? ¿Viajando?

Yo creo que no hay por qué curarlo, ¿no? Si eso es patológico, es una patología absolutamente inofensiva. No hay que contrariarla.

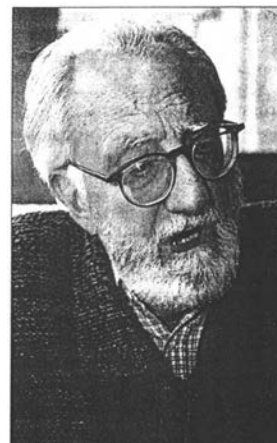
Dice de sus padres: "esto es ser rico un hombre: tener madre donde llorar aún, espejo claro, el padre que nos mira todavía". ¿Qué papel han tenido ellos en su vida y en su obra?

Mi padre procedía del mundo del hierro, no tenía formación cultural, literaria. Pero tenía afición por la literatura. Vivió los años suficientes para ver que su hijo sí podía o sí sabía hacer realidad aquello que él sentía. Me animaba a que enviara crónicas como corresponsal al Diario de León. A mí a veces no me apetecía mucho. Me apetecía andar jugando con mis amigos y siguiéndole el rastro a las forasteras, que eran mi mito, mi ilusión. Me enamoraba en verano, hasta que llegaba septiembre y se marchaba el último tren o el autobús. Ellas se marchaban siempre prometiendo que escribirían, y luego no cumplían, porque un poetilla lírico, con la facha que yo tenía, que tampoco es que fuese muy afortunada, era un excelente recurso para el verano. Ya si ellas volvían, por ejemplo a Madrid, sospecho que a lo mejor me recordaban como un cateto y no me escribían.

¿Cuánto hay de autobiográfica en las relaciones que mantiene con las mujeres de sus cuentos?

Con frecuencia en mis relatos introducen datos tan exactos que da la sensación de que es pura autobiografía; no lo es del todo. Recuerdo que en un acto público una persona me preguntó "¡Oiga usted, ¿y aquella chica dominicana con la que tiene aquella aventura amorosa en aquella región montañosa de Santo Domingo...?", y así iba a seguir, pidiéndome detalles, cuando el organizador del coloquio, medio se

levantó y se acercó al que preguntaba disuadiéndole, diciéndole: "Hombre, que está ahí su señora!". Casi siento tener que confesar que algunas de mis historias no hayan sido verdad.



¿No tuvo problemas con la censura?

Yo tuve muy pocos choques con la censura, y curiosamente fueron en poesía. En la narrativa yo ya ejercía un poco de autocensura. Por otra parte, los cuentos, y lo digo con pena, parecían a los censores un género menor, poco influyente en la sociedad. Y no digamos la poesía, donde eran incapaces de entender las sutilezas de las metáforas.

¿Qué técnica utiliza para escribir sus cuentos?

Me atrevería a decir que los desconstruyo. Rara vez un cuento o cualquier texto literario gana añadiendo. A veces ocurre. Pero es sorprendente lo que un poema o un cuento gana quitando.

Se recuerda mucho su faceta de cuentista, pero se sabe poco de su faceta poética.

Yo creo que he sido y sigo siendo un poeta mal tratado. ¡Ojo!, que no digo maltratado. La pura verdad es que cuando repaso mi poesía le encuentro valores de sencillez, de sinceridad y de lirismo que no me disgustan. Trato temas domésticos, ya, pero en esos temas domésticos hay mucha enjundia para mí.

Hay que ver las cosas desde otro punto de vista; lo cotidiano hay que elevarlo.

Claro. Pero hay mucha pereza mental. Y, si te ponen la etiqueta de cuentista, ya puedes hacer una poesía espléndida que siempre estará la sombra del cuentista planeando sobre eso. En un momento dado, Cela decía que en España somos tan pobres que no hay para tener dos ideas de una misma persona, lo cual por cierto no me preocupa en absoluto.

Todo llegará.

Puede que todo llegue, y es posible que la reivindicación de mi poesía ocurra cuando yo me haya marchado "sin dejar señas". El lector entenderá a dónde me habré ido.

¿Volverá a la poesía?

Vuelvo de vez en cuando, a un tipo de poesía sencilla, ligeramente irónica, desmitificadora, casi diría poemas de esos que se escriben -y que por eso no pierden ninguna dignidad- en una de esas servilletas de papel de los bares, o en el billete del autobús.

¿Cómo le ha sentado este premio a su vanidad?

Nunca le he visto sentido a que si te ha correspondido un premio se diga -con falsa humildad, por supuesto- que es un premio inmerecido. Yo no digo eso de ninguna manera, por no ofender al jurado que me lo dio. Yo creo que sí merecía el premio y con intereses de demora. Modesto en la expresión sí hay que ser, no hay que llegar allí de prepotente, pero hay que agradecer las cosas con dignidad.

¿Cómo lleva su libro de memorias?

Tengo un diario redactado desde 1969 cuyo destino en este momento no tengo decidido; y estoy escribiendo unas memorias que inicialmente son de mi infancia y de mi adolescencia, ya veremos hasta dónde llegan, y las he estructurado en capítulos, que tienden a funcionar cada uno de ellos como un cuento independiente, o por lo menos como un germen de un cuento. Se ve que no puedo liberarme de mi condición que parece ser que es esencial, no me importa que sea así y, es más, creo que debe ser así. El diario es fiel, veraz. De las memorias no respondo, y de ellas no hablaré si no es en presencia de mi abogado.

¿Se puede decir entonces que su vida ha sido como un cuento o como una sucesión de cuentos?

Sí. Mi vida ha sido como la cualquier nacido, un montoncillo de luces y de sombras, de dolor y de felicidad, pero yo me he encargado de que, gracias a la imaginación o incluso a la fantasía, esa vida se haya embellecido, en mis propios pensamientos y sueños y luego también en mi obra.